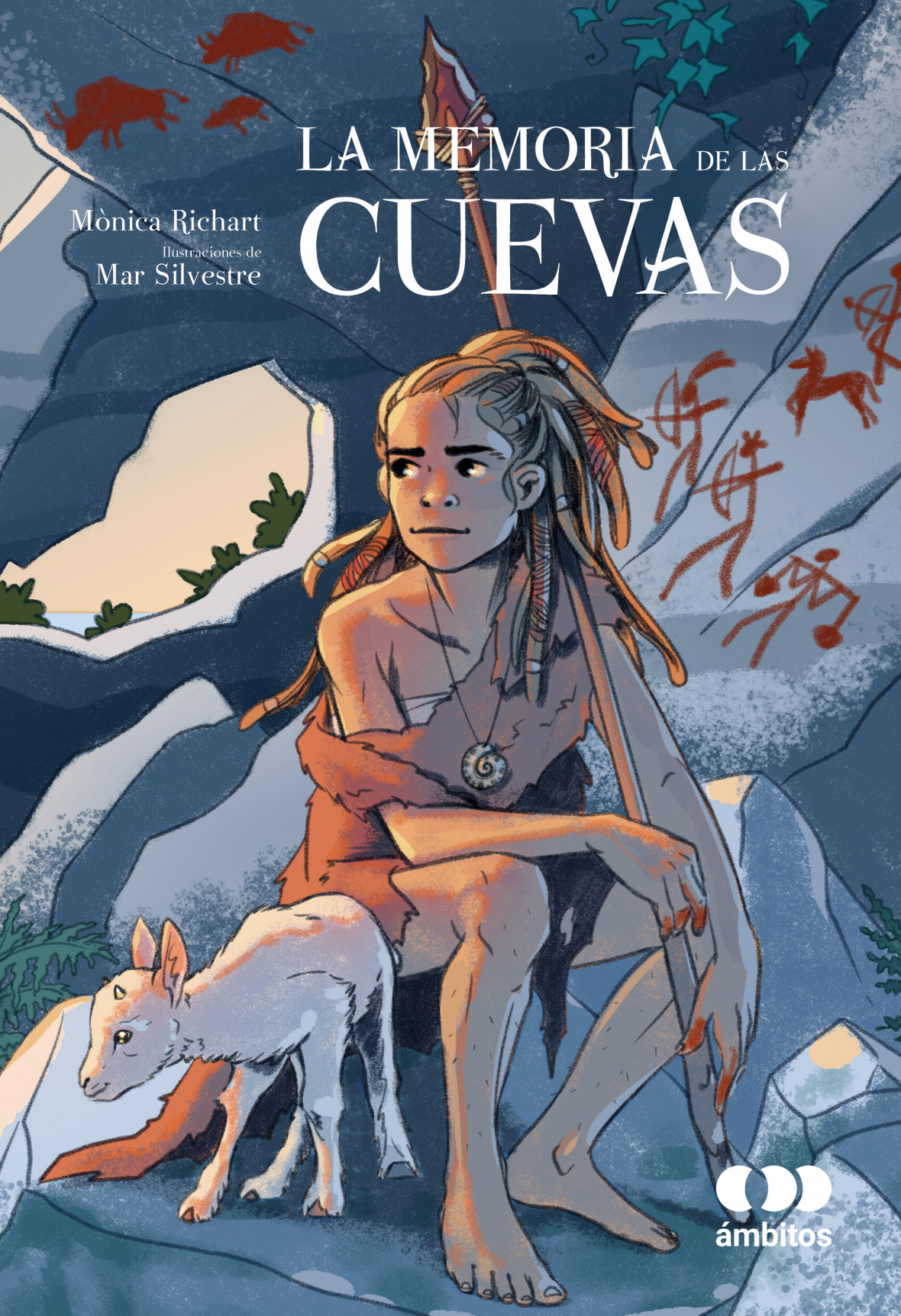


Mònica Richart
Il·lustracions de
Mar Silvestre

LA MEMORIA DE LAS CUEVAS



I

LA JOVEN DE LAS VEINTE LUNAS

Los dedos que se hundían en la pintura parduzca eran cortos y redondeados. Se esforzaban en recoger el pigmento que dejaba la mezcla de tierra y carbón, y mezclarlo con las pocas gotas de grasa que quedaban en la cavidad lisa de la piedra. Después, se acercaban a la pared y la impregnaban con cuidado, con la cantidad justa de tinte para poder arrastrarlo hacia abajo formando una línea.

La noche ya caía y la mayoría de los miembros de la tribu se habían reunido junto al fuego, en la entrada de la cueva. Sai, sin embargo, seguía dibujando. Solo le quedaba una línea para terminar la figura que había empezado el día anterior. Con esa, ya serían más de treinta las que había

añadido al mural. Aún tenía que correr hasta el arroyo para quitarse la pintura de los dedos antes de reunirse con los demás, y el olor de la carne asándose que empezaba a llegarle ya le llenaba la boca de saliva y le hacía rugir las tripas. Aun así, no escatimó tiempo ni paciencia para trazar la curva perfecta del arco que completaba el dibujo.

—¡Uh, ah, la-eh! ¡Ei, ah, le-ah-eh! —Los cánticos sonaban cada vez más apresurados. Con las manos limpias y de vuelta hacia la cueva, los oía mezclarse con el repiqueteo de huesos sobre las pieles tensadas de los tambores y el silbido de alguna flauta. Debía de ser un día especial, aunque no recordaba por qué, y por eso todavía se distrajo un momento contemplando cómo los últimos rayos de sol desaparecían entre el denso follaje de los pinos que rodeaban el poblado.

Una ráfaga de aire fresco en los tobillos desnudos la empujó hacia la cueva y parecía decirle: «Date prisa, Sai». Echó a andar más rápido. No quedaba ni un alma en ninguna de las seis tiendas que la tribu había levantado hacía unas

veinte lunas en aquel claro. Todo el mundo las había abandonado para unirse al bullicio que se había formado alrededor de la hoguera. Fue ese detalle el que hizo que Sai entendiera el motivo de la celebración, y solo entonces salió corriendo.

Cuando llegó a la entrada de la cueva, la estaban esperando. Alguien la tiró del brazo y la empujó hacia el espacio que quedaba dentro del círculo de pocavidas (los niños, los que habían vivido pocas lunas), mediavidas y vidaplenas, donde todos entonaban cánticos al ritmo de la percusión. A su espalda sentía el calor de las llamas.

—¿Un poco de carne? —le ofreció una mediavida, pero el olor que antes le había abierto el apetito ahora solo le revolvía el estómago.

No estaba sola dentro del círculo. Había diez personas más a ambos lados de Sai, todas con algo en común: llevaban la sangre o la semilla de la vida. Los ancianos, los niños, la sangre nueva y las que habían alumbrado hacía poco, es decir, las que habían dado a luz, formaban el círculo sentados; y dentro, de pie, estaban todos los

que podían ser elegidos como joven de las veinte lunas.

—¡Ya viene! ¡Ya viene la luna! —gritó la niña que vigilaba el cielo.

Al oír el aviso, todos los integrantes del círculo que habían nacido en luna llena se giraron de espaldas a la hoguera.

—Recita los versos —la animó una vidaplena.

La niña esperó unos segundos más, murmuró unas palabras y recogió el recipiente de barro que ya estaba bañado por la luz blanca. Se acercó al círculo y, del interior del cuenco, sacó una piedrecita brillante para cada uno de los que se habían girado.

Sai y el resto de los jóvenes formaron un círculo interior alrededor de la hoguera. Los pocavidas, emocionados, empezaron a cavar un pequeño hoyo delante de cada uno. Con un nudo en la garganta, Sai miró los rostros de los demás jóvenes.

—Cada veinte lunas —empezó la vidaplena, y el resto de voces se apagaron— celebramos este

ritual para elegir a quien llevará la sangre o la semilla de la vida a un pueblo hermano.

Mientras la vida plena hablaba, la guardiana del cielo cubrió cada hoyo con un trozo de piel curtida, y una de las sabias de la tribu vertió agua de luna dentro de cada cavidad.

—El agua de luna que tenéis delante representa vuestro potencial. Las piedras de los nacidos en luna simbolizan la voluntad de los espíritus de la noche. Quien primero reciba la bendición de los espíritus viajará hasta los valles para establecerse allí hasta que alumbre. A partir de entonces podrá elegir si quiere regresar a las montañas o no.

Y de pronto, el silencio.

Las criaturas volvieron al círculo y se sentaron, calladas. Ni siquiera los bebés se atrevieron a romper la quietud del momento, como si fueran conscientes de la tensión que se respiraba. Los nacidos en luna llena alzaron los brazos que sostenían las piedrecitas. Por orden de edad, de mayor a menor, las lanzaron hacia atrás. La primera fue a parar al centro de las llamas. La segunda rodó por

el suelo. La tercera impactó contra un hombro y luego cayó, pero fuera del agua. Sai cerró los ojos y tragó saliva. No quería abandonar la tribu. Le daba miedo el viaje, detestaba la idea del cambio.

Y entonces ocurrió.

Plop.

La tribu estalló en un aplauso ensordecedor. Resignada, Sai abrió los ojos y confirmó su sospecha. Allí estaba la piedra, reflejando la luz del fuego sobre el agua del hoyo que tenía delante. Los espíritus habían hablado: Sai era la joven de las veinte lunas.

En los días que siguieron, recibió obsequios para llevarse con ella. La mujer que la había traído al mundo le dio una concha de caracol. «Un amuleto de fertilidad», le dijo al entregárselo. Un hermano le regaló una piel de ciervo amplia para cubrirse, y una hermana le hizo calzado de cuero para que se protegiera los pies durante el camino. Sai lo fue guardando todo en un rincón de la tienda donde dormía y lo ignoraba, como si así pudiera conseguir que los días pasaran más



despacio. Pero el sol y la luna, inexorables, siguieron sus caminos en el cielo: el mismo día que llegó a la tribu una joven venida de entre las gentes del río, Sai tuvo que emprender la marcha. Aunque no se fue sola: la acompañaban una cazadora, un recolector y una curandera de la tribu.

De vez en cuando se secaba las lágrimas con el borde de la piel con la que se cubría y avanzaba montaña abajo siguiendo los pasos de quienes la acompañaban.

—No podré continuar el mural de la cueva —se lamentaba—. Y, si algún día vuelvo, alguien lo habrá continuado ya.

—Escucha, Sai —la advirtió la cazadora que iba con ella—. La vida más allá de los pinos no es la que tú conoces. Tendrás que contribuir de otra manera al pueblo de los valles.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes pasarte tantas horas haciendo dibujos —explicó el recolector— o te expulsarán.

Una noche de lluvia se refugiaron bajo una encina. Sai apoyó la espalda en el tronco y, envuelta entera en la piel de ciervo, se dispuso a dormir.

Justo cuando por fin la conciencia empezaba a abandonarla y los espíritus de la noche se llevaban sus pensamientos más oscuros, un sonido de rasgado la despertó. Sacó la cabeza de la manta y miró hacia arriba.

—La corteza de la encina mantiene el alimento dentro del cuerpo cuando quiere escapar —le explicó la curandera que la acompañaba mientras rasca el tronco del árbol y guardaba algunos trozos.

Sai no contestó. No les había hablado en todo el día y no pensaba hacerlo ahora.

—Abandonar la tribu te entristece.

—No estoy triste —respondió Sai automáticamente, porque por encima de la tristeza sentía rabia e impotencia y, si acaso, miedo.

—Un cambio de tierra te hará más grande.

—Habría crecido igual. Todos crecemos si no morimos.

—No hablo del cuerpo, sino del alma. El viento que no hemos probado tiene la capacidad de enseñarnos partes de nosotros que desconocíamos.

—Es fácil decirlo para ti, que pronto volverás con la tribu.

La curandera sonrió.

—Vuelvo porque decidí quedarme después de alumbrar. Yo venía de la llanura, más allá de las montañas.

Sai volvió a callarse. Si la curandera hubiera nacido en los valles, al menos habría podido preguntarle si los rumores que había oído sobre aquel clan eran ciertos. Pero lo que aquella mujer pudiera recordar de la llanura no le aportaría nada nuevo. Volvió a cubrirse el cabello claro con la piel de ciervo y, ahora sí, se abandonó al sueño.

Cuando volvió a despertarse, el alba ya había roto la negrura del horizonte. Le pareció oír de nuevo el mismo roce de antes, pero, al abrir los ojos, comprobó que la curandera y la cazadora todavía dormían. El ruido tampoco venía



del recolector, que en teoría vigilaba desde una rama de la encina por si los atacaban los lobos, pero había desistido de la tarea y descansaba con los ojos cerrados y la boca abierta. El sonido le llegaba desde la izquierda, de detrás de un árbol de hojas grandes y ostentosas que no conocía. Entre las ramas pesadas que casi tocaban el suelo y las nubes bajas que lo empapaban todo con una niebla espesa, Sai no podía distinguir qué lo había provocado. La curiosidad la empujó a levantarse y una intuición que le nacía de dentro la animó a hacerlo en silencio, sin alertar a sus acompañantes.

Entre el verdor del follaje la sorprendieron unos ojos amarillos en un borujo de pelo blanco mojado de lluvia y barro. Era una cabra pequeña, muy pequeña, y sorprendentemente blanca, que gemía de dolor. Sai alzó la vista y, en la distancia, aún alcanzó a ver la silueta de la madre alejándose. No era la primera vez que Sai veía una cría abandonada. También ocurría con las ciervas, que a veces parían crías con pocas

posibilidades de sobrevivir y las dejaban a merced de los elementos. Un animal tan pequeño era una presa fácil, pero Sai no se veía capaz de matar a la cabrita. El animalillo la miraba como si la entendiera, como si compartiera su dolor, y en parte era verdad, porque las dos acababan de perder todo lo que conocían. Ocultándose entre el follaje, se la acercó al pecho y le pareció notar que agradecía el calor de su cuerpo. La cubrió con la misma piel que la cubría a ella y se quedó quieta unos instantes allí agachada, hasta que un brazo humano apartó la rama que la escondía.

—¿Qué haces? —preguntó el recolector, con la mirada todavía empañada de sueño.

—Orinar —mintió Sai.

Algo le decía que era mejor no revelar la presencia de la cabrita bajo la capa.

—Estamos a punto de partir. Date prisa.

Caminaron durante todo el día antes de llegar adonde los esperaba la gente de los valles. A medida que bajaban, la vegetación se hacía más densa y más rica. A Sai le costaba avanzar a

la misma velocidad que los demás, entre ramas bajas y raíces altas, pues tenía que sostener a la cabra con uno de los brazos.

—Tengo que ajustarme la ropa —se excusó, y, aprovechando la pausa, consiguió asegurar al animal entre su propia piel y la tela de lino que le cubría el pecho. Por fin estiró los brazos para desentumecerlos, y entonces la cabra baló.

—¿Qué ha sido eso? —La cazadora se giró veloz hacia Sai, lanza en alto, mirada de lobo.

—Detrás de mí he visto nidos de pájaros grandes —se inventó ella, y funcionó, porque la curandera los instó a reanudar la marcha antes de que cayera la noche.

Una lluvia fina los cubrió en el último tramo del viaje. Cuesta arriba, y con el barro resbaladizo, Sai tuvo que hacer equilibrios para no caerse. Por suerte, el grosor de la piel de ciervo bastaba para que la cabrita no se mojara, y no se la oyó protestar.

—Os damos la bienvenida a la cueva de los deseos —gesticuló con gran pompa la mediavida que esperaba a la entrada.

Pasaron adentro, donde había dos personas más. Una sostenía antorchas encendidas y la otra un recipiente de fibras lleno de frutos que Sai nunca había visto. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron los murales de las paredes. Cuando le ofrecieron una antorcha, se apresuró a mirarlos de cerca.

—Estos ciervos son espectaculares... ¿Los habéis pintado vosotros?

La mediavida sonrió.

—Los dibujó el último pintor de deseos.

—¿Qué es un...?

—Lo sabrás todo cuando lleguemos al valle. Ahora tenemos que hacer el intercambio.

El recolector, la curandera y la cazadora que habían viajado con Sai se colocaron a su alrededor formando un semicírculo. Al otro lado hicieron lo mismo las tres personas de los valles. Se repartieron las antorchas.

—Nosotros, las gentes de los valles, os entregamos estas ofrendas de prosperidad a cambio de la promesa de vida.

—Nosotros, la gente de las montañas, aceptamos las ofrendas de prosperidad y os entregamos la sangre de nuestra sangre.

Las seis antorchas se unieron sobre su cabeza y crearon una llama enorme, una que iluminó de golpe toda la estancia. Sai cayó sentada al suelo, abrazándose el pecho. «Que no haga ruido, que no se mueva», suplicaba a los espíritus. Y los espíritus la escucharon, porque, poco después, aquellos que la habían acompañado abandonaron la cueva con los frutos de la ofrenda y Sai emprendió el camino hacia los valles con aquellos desconocidos sin que nadie sospechara del secreto que escondía bajo la piel de ciervo.